



El sapo y el conejo

ANTONIO DURÁN RUIZ

Hace mucho tiempo había un conejo que se juzgaba el más veloz de los animalitos; frecuentemente exhibía su agilidad frente a sus vecinos. Había desafiado, y vencido con facilidad, a la tortuga, al topo, al tlacuache, al armadillo, a la iguana, a la culebra, al mapache y al ratón. El conejo reía y reía durante las carreras; cuando corría preguntaba a sus competidores: “¿Por dónde vienes”? Los animalitos invariablemente respondían: “Detrás de ti vengo”.

El conejo además se juzgaba apuesto, creía que el sol, la luna y las estrellas distraían sus eternidades viéndolo retozar por los amplios y floridos prados. Era un contumaz narcisista: ser admirado por los demás significaba su mayor dicha, él mismo estaba prendado de su imagen, solía visitar los espejos de los arroyos y lagos para contemplar ahí su afelpada y nívea figura.



Ilustración:
Fridali
García Islas

El sapo, morenito y marginado en su humilde charco, harto de la vanidad del conejo, lo desafió a correr durante una noche de luna nueva, cuando los caminos son más oscuros. El conejo dijo al sapo: "Oye, ¿estás bien, de verdad crees que puedes ganarme?" El sapo respondió: "¿Imaginas que te desafiaría si no lo creyera?" La competencia se programó para el jueves a las 10 de la noche de la semana próxima. El camino sobre el que correrían era ancho y cada uno tomaría una orilla. Los animales apostaron a favor del conejo a excepción de los sapos que arriesgaron su fortuna a favor de sus congéneres.

Los anfibios habían ideado una estrategia para vencer al conejo. La noche esperada, varios de ellos se escondieron en fila a lo largo del camino. Inició la carrera. El conejo comenzó con velocidad moderada y enseguida preguntó: "¿Por dónde vienes, sapo?" A lo que respondió una voz ronca: "Adelante voy". El conejo aligeró el paso y preguntó: "¿Por dónde vienes, sapo?" Se volvió a escuchar la voz ronca: "Adelante voy". Entonces, el conejo desató toda la velocidad de sus patas y antes de llegar al término preguntó: "¿Por dónde vienes, sapo?". Respondió la misma voz: "En la meta estoy". Así fue como el sapo venció a su vanidoso competidor.

La luna se compadeció del conejo al que invadió la tristeza y se lo llevó con ella, lo colocó en su rostro luminoso para que ahí lo admiren eternamente los hombres de la tierra. Los sapos, con el dinero que ganaron, compraron una gran laguna donde saltan, juegan y ríen.



Ilustración:
Fridali
García
Islas